

— ¡Ha caído Alhama! ¡Ha sido conquistada por los reyes castellanos! —gritó el tío Hassan aquel día mientras entraba en casa apresuradamente con la cara completamente roja.

—¿Qué será de nosotros? —le preguntó mi padre.

—Yo no puedo irme ahora, Abdul. Tengo negocios y mis hijos son todavía muy pequeños, aunque sé que el emirato va a caer —le explicó mi tío, comerciante acaudalado del negocio de la seda y persona serena, con el rostro descompuesto—. Pero vosotros debéis marchar antes de que sea demasiado tarde.

Nos quedamos mudos. Mi padre permaneció largo rato frente a la ventana con la vista perdida a lo lejos. Luego comenzó a dar vueltas por el salón con los ojos puestos en sus babuchas. Por fin, se

detuvo, nos miró a todos detenidamente y nos habló con una expresión de profunda preocupación:

—Nos vemos obligados a salir de nuestra tierra y a ser emigrantes en otro lugar. Debemos estar preparados.

Esto ocurría en febrero de 1482. Pero mi padre no acababa de decidirse. Tendrían que pasar todavía tres años y seis meses de incertidumbres.

Camino del destierro

Alhamar, guía bien la burra, que se está ladeando la carga. Parece que vas dormido.

—Sí, *abu*.

Habíamos salido de Granada por la puerta de Bibarrambla, en plena noche, cuando la ciudad todavía dormía en un murmullo de sombras. Caminábamos en silencio, uno detrás de otro, y mientras estábamos coronando una cuesta, por el este comenzó a salir el sol.

Yo iba delante, con la alforja al hombro, tirando del ramal de la borrica, cargada hasta los topes; detrás, mi madre, Zoraida, y mis dos hermanas, Elvira y Miriam, que llevaban grandes bultos; y, cerrando el grupo, mi padre, Abdul, con otra gran alforja, guiaba dos mulas, una de la brida y otra en reata.

Al llegar a la parte más alta del camino, despuntó el alba. Antes de iniciar la bajada, nos paramos los cuatro y volvimos la vista hacia la Vega, vergel que riegan el Genil y el Darro, y no queríamos dejar de contemplar nuestro barrio del Albayzín y, sobre todo, la Alhambra, fortaleza de lujo y refinamiento orientales escoltada por sus torres bermejas. Elevamos la vista y nuestros ojos chocaron con el resplandor hiriente de las nieves perpetuas de la cumbre. La angustia nos subió desde el pecho hasta los ojos y... lloramos, porque sabíamos que era la última vez que veríamos nuestra tierra.

—¡Adiós, Granada, nuestro paraíso! —dijo mi padre, y todos dejamos escapar un sollozo incontenible, a la vez que nos abrazábamos.

—¿Por qué nos obligan a marchar de aquí? —se preguntó mi madre conteniendo el llanto.

—Pobres hermanos, la ciudad será conquistada por los cristianos godos —habló mi padre—. Y pronto nos habrán echado a todos los que llevamos tantos años embelleciendo esta tierra.

Yo tiraba de la borrica, daba patadas a las piedras, pero mi mente seguía sin querer avanzar. Me acordaba de aquel día en que bajé al Darro con dos amigos y, en un árbol del ribazo de la Alhambra, vimos un nido de pájaros, escalamos hasta él y después seguimos trepando por el terraplén hasta que llegamos a lo que parecía ser la entrada a una gruta. Pero no era una gruta sino el final de unos corredores subterráneos. Presos de la curiosidad, seguimos a tientas. Gracias a las luces que bajaban por unas chimeneas que daban al exterior, pudimos continuar. Comenzamos a oír ruidos subterráneos, susurros profundos, voces misteriosas que nos aterrizaron, hasta que descubrimos que los producía el agua al pasar por los conductos interiores que alimentaban los aljibes de la fortaleza. Algo más tranquilos, avanzamos por aquellos pasadizos. De repente, nos encontramos ante las famosas mazmorras de la fortaleza, de las que se contaban las historias más atroces, y nuestros ojos no daban crédito. Tras los barrotes, decenas de presos permanecían gimiendo amontonados y atados con cadenas.

Me acerqué y uno de ellos se lanzó hacia mí y me agarró de la muñeca con violencia. Yo me aparté, pero me atenazaba con manos de hierro. Sentí un miedo terrible e instintivamente lo mordí con todas mis fuerzas hasta que tuvo que soltarme. Asustado, lo miré a los ojos. El preso se echó a reír y me miró con ojos ausentes, parecía loco. Nos entró tal pánico que, sin hacer ruido y a paso ligero, retrocedimos hasta que llegamos a la boca del pasadizo. Al descender de forma apresurada, se me rasgó la chilaba. Había sentido tanto miedo que juré no volver más.

—¿Por qué tenemos que marcharnos si llevamos aquí setecientos años, hemos trabajado estas tierras y hemos sido felices en ellas? ¿Por qué? ¿Por qué tenemos que irnos? —gritó Miriam—. Tenemos más derecho que ellos a vivir aquí. ¡Nos tienen envidia!

Yo callaba, pero palpaba la congoja que llevaban mis padres dentro. Mis hermanas y yo no éramos todavía muy conscientes de lo que pasaba, pero nos dábamos cuenta de lo que dejábamos. A lo lejos se divisaba la mezquita del Albayzín, nues-

tra mezquita. Pronto mis amigos Alí y Mohammed irían a la escuela coránica y comenzarían a recitar de memoria los *ayat*, los monótonos versículos de cada sura o capítulo del Corán. Mi maestro, el venerable Zin, que me mandaba leer delante de todos, preguntaría por mí, pero nadie le diría nada. Alí y Mohammed me habían prometido que hasta dentro de tres días no soltarían ni una palabra de lo que sabían:

—Esta noche partimos hacia la costa —les había dicho a mis amigos cuando estábamos sentados en un rincón del Zacatín.

No sabían muy bien qué responder ni lo que significaba marcharse. Les costaba comprender que nos tuviéramos que separar.

—Me gustaría que nos enviaras mensajes con tus palomas —dijo Alí.

—Algún día podremos ir a visitarte —añadió Mohammed.

Todos notarían mi ausencia al ver que ese día no recité con ellos en la escuela coránica y que no fui con ellos a coger higos de la higuera del rabino mayor; no degusté, después de la oración de la

tarde, los dulces de la señora Rebeca, la madre de mi amigo Samuel; ni pude hacer los recados al señor Yusef, el dueño de los baños de la subida al Albayzín; ni corrí con ellos por el Zacatín.

Entonces sí debieron de comprender lo que significa que se marche un amigo. Todos comenzamos a envejecer ese día; sin darnos cuenta, ya nos habían salido las primeras arrugas en el alma.

Una de las cosas que más me dolía en aquel momento era que el maestro Abdeljalid no me podría regalar el pergamino miniado que me había prometido. Yo estaba especialmente dotado para el dibujo y era la alegría de mi maestro, ese viejo con su larga barba puntiaguda que miraba hacia arriba y un diente solitario que le bailaba cuando se reía. El anciano me había enseñado los secretos de la elaboración de los colores, las mezclas y la forma de plasmar las tintas, y, sobre todo, a llevar con elegancia el juego cadencioso de la muñeca al hacer caligrafía; aunque él decía que el don para el dibujo que veía en mí era un regalo de Alá. Vistos los progresos que hacía, me había prometido un pergamino miniado que le iba a traer un mercader

desde Oriente. Me preguntaba qué haría con él ahora.

El maestro Abdeljalid era un santo. En las frías mañanas de invierno, cuando desde Sierra Nevada soplaba el viento gélido, el anciano se cubría con una manta y se recostaba en un rincón mientras hacíamos copias en las tablillas. Le agradaba el calorcillo, se quedaba adormilado y comenzaba a roncar suavemente. Entonces le sacábamos higos secos de una bolsa que llevaba en un bolsillo de los zaragüelles. Algunas veces, cuando íbamos a meter la mano en el bolsillo, emitía un largo bostezo o soltaba un estornudo que nos dejaba paralizados.

Un día, como de costumbre, le robamos los higos en cuanto comenzó el suave ronquido, pero cuando estábamos terminando de comerlos, lo miramos a la cara y, a pesar de que seguía roncando, nos miraba con los ojos completamente abiertos. Nos quedamos quietos esperando el castigo y se nos atragantaron los higos. El maestro Abdeljalid, un hombre de gran corazón, metió la mano en el bolsillo y nos dio toda la bolsa. Se había estado haciendo el dormido para dejar que se los cogiéramos.

Nunca más le volvimos a robar, pero seguimos haciéndole trastadas. Como vivía en la parte baja del barrio de los Zenetes, cerca del Darro, venía montado en su borrico. Muchos días, al marchar, le atábamos a la cola del jumento una cuerda amarrada a una lata llena de piedras. Y nos reíamos desde una esquina cuando se bajaba a soltar la cuerda haciendo grandes aspavientos. Quizá también entonces se había dado cuenta de que éramos nosotros y nos dejaba hacer.

Vivíamos en un pequeño carmen en la subida al Albayzín. Mi padre se dedicaba al comercio de pieles y había prosperado importando curtidos de Fez, que revendía en la ciudad y enviaba a los reinos cristianos.

Se había preocupado de que sus hijos recibiéramos una buena instrucción en la escuela coránica y su intención era que luego continuáramos los estudios superiores en la universidad, con los afa-mados profesores de Oriente y del norte de África. Pero eso ya no podría ser, tendríamos que continuar en otra parte.

El día antes de partir, por la mañana, había subido con mi padre al *hammam* del Albayzín, los grandes baños públicos. Mi madre y mis hermanas fueron por la tarde, a la hora de las mujeres, y se habían acicalado a conciencia: baño, depilación, masajes y loción de aceites. Querían llevar en su cuerpo los perfumes de nuestra tierra. Después, fuimos toda la familia a la gran mezquita del Albayzín para la plegaria de *al-magrib*, la oración de la puesta del sol. Cuando salimos, nos quedamos un rato sentados en el mirador para despedir el día, para ver el último ocaso. Era la mejor forma de decir adiós a nuestra ciudad.

Cuando el sol comenzó a declinar transmontano, la imponente fortaleza de la Alhambra, asentada sobre la Sabica, la colina más alta de la ciudad, comenzó a cambiar de color. Las murallas y torres almenadas, antes lechosas, mudaron sus tonos hasta encenderse con resplandores ocre sobre el Darro. Al reverbero de la luz, toda la Alhambra se puso bermeja, rojiza, chispeante. Bajo las nieves de Sierra Nevada, con los bosques lejanos, recortada su arquitectura sobre las montañas del fondo,

escoltada por imponentes cipreses centenarios, le dimos el último adiós, seguros de que no encontraríamos un atardecer más bello en ningún otro rincón, porque aquel era el escogido por Alá para placer de los hombres.

Adiós a la Alhambra, al Generalife, a sus Torres Bermejas, al Patio de los Arrayanes... Adiós a todo, adiós a la ciudad cortejada por los poetas en sus poemas, ensalzada por los imanes en sus oraciones, embellecida por los campesinos en sus jardines y alhajada por los emires en sus monumentos. Adiós a todo. Porque no hay atardecer que se pueda comparar en magia y hechizo con un ocaso desde el mirador del Albayzín. Y porque sabíamos que los atardeceres de Granada son un reflejo del paraíso.

En medio de la gran muralla de la Alhambra creí ver algo que me sorprendió y aunque no dije nada en aquel momento, pensé que podía ser un presagio. Los rayos de sol, ya enrojecidos, trazaron en el centro de la pared ocre la figura de un barco. Los mismos rayos incidieron sobre la silueta de la nave y esta comenzó a arder.

—¡No me quiero marchar! —gritó Elvira—. ¡Quiero quedarme aquí con mis amigas!

—No te preocupes, pronto volveremos —la tranquilizó Miriam.

No nos movimos hasta que las paredes se volvieron pardas y fueron lamidas por la noche. Y a pesar de que ya no veíamos nada, seguimos contemplando a lo lejos, como queriendo atrapar para siempre su hechizo para llevarlo en la memoria de nuestros ojos. A nuestros pies se oía el murmullo cantarín de una fuente, que corría por los canales de riego de los cármenes de la pendiente. Las flores, agostadas durante el día, despedían una intensa fragancia.

Se hizo de noche. Bajamos la pendiente hacia casa sin hablar. Cenamos, descansamos un rato y comenzamos a cargar en los animales los bultos que habíamos preparado.

De pequeño, lo que más me gustaba era correr por la medina con mis amigos, deambular por las estrechas callejuelas del zoco. El gran bazar de Granada era un mundo de comerciantes y merca-

dos donde en medio del griterío rebuznaban cientos de burros, gritaban los puesteros ensalzando sus productos, correteábamos los niños haciendo travesuras, soltaban coces las indómitas mulas, vigilaban los alguaciles, y por todos los rincones se expandía un penetrante olor acre en el que se mezclaban efluvios de cueros, orines, excrementos de bestias y aromas fuertes de mil especias.

También recuerdo aquellos atardeceres en que salíamos a la Vega a esperar a las caravanas que llegaban y las acompañábamos hasta las puertas de las murallas. Nos quedábamos fascinados con las historias de los comerciantes que llegaban de países lejanos y que se hospedaban en la alhóndiga del caravasar Alyadida. Nosotros también queríamos ser caravaneros para ir a la costa a recoger los productos que venían de Oriente y luego embarcarnos para recorrer rutas misteriosas hasta llegar a Damasco, El Cairo, Fez, Bagdad, Estambul, Marraquech, Tombuctú, Samarkanda... Samarkanda... Samarkanda. Este nombre resonaba en mis oídos con una musicalidad especial que me transportaba a un mundo mítico y lejano.

Pero cuando realmente me sentía a gusto era los días en que acudía a la Puerta Elvira, *Bib-El Beira*, en la muralla del Albayzín, un poco antes de la caída del sol, para escuchar al ciego Bacbuk, un sabio que había venido de Bagdad y que nos contaba los cuentos más maravillosos. El cielo se ponía granate, yo me sentaba en un rincón junto al arco, miraba al anciano y mi mente volaba por reinos lejanos, mundos de ensueño con alfombras voladoras, alfanjes cortando cabezas, tinajas encantadas, lámparas parlanchinas, genios terribles y paisajes de fantasía que las moduladas palabras y los gestos del fabulador hacían venir a mi mente desde los rincones más remotos.

Todo esto quedaba atrás. Me marchaba al exilio, desterrado, fuera de mi país. Era el día más triste de mi vida.

—Alhamar, cuidado. ¿No ves que la carga de la borrica se está ladeando cada vez más? —me gritó de nuevo mi padre.

—*Abu*, no puedo dejar de pensar en las cosas que hemos perdido.

—Pues presta más atención a la borrica, que nos queda todavía mucho camino... Y no te preocupes, que encontraremos otro sitio donde podamos ser felices.

—Sí, pero aquí dejamos todo —le respondí, mientras paraba la borrica para equilibrar la carga.

Entonces se me acercó.

—Sí y no, hijo. Dejamos, es verdad, a nuestras familias, a nuestros amigos, nuestra casa y muchas cosas. Y eso es muy triste. Pero las cosas materiales son relativas, una persona es rica hoy y mañana se arruina. Pero te llevas lo más valioso, tu cultura, y eso no se puede comprar. Procura ampliarla. Tu madre y yo siempre hemos pensado que es la mejor herencia que os podemos dejar. Tú, además, también te llevas el don del dibujo, explótalo. Cuando uno tiene que emigrar, lo deja todo, pero tu conocimiento, tu equipaje, nadie te lo podrá arrebatar jamás. Piensa en eso cuando las cosas no te vayan bien.

Me extrañó que mi padre, normalmente callado, hablara tanto en un momento tan triste. Parecía que estaba soltando de repente todo lo que venía

rumiando por el camino. Levanté la punta de una manta y contemplé un momento la jaula con las cuatro palomas mensajeras: *Lucera*, *Alborada*, *Candileja* y *Pintada*. De una esquina de la jaula colgaba una pequeña llave de azabache sujeta a una cadenita, era para que nadie les echara el mal de ojo. Mi padre, experto en amaestrar palomas mensajeras, había vendido las demás y se había quedado con las cuatro mejores. De vez en cuando les daba agua y les echaba de comer. En África serían un tesoro, el medio para seguir en contacto con los familiares y amigos. Eran cuatro palomas que ya habían hecho alguna vez la travesía del Mediterráneo, y otras dos que habíamos enviado el día anterior con un mensaje:

*Hoy, 15 de septiembre, salimos de Granada
con dirección a Fez. Nos veremos. Alá nos acompañe.
Abdul y familia.*

Al reanudar la marcha, me acordé del día en que me castigó mi padre. Tenía menos de cinco años.

Una tarde subí al palomar que teníamos en el sobrado del segundo piso y recogí los huevos que había en los nidales. Los metí en una caja, los llevé al zoco y se los cambié a un mercader por unos pinceles. Cuando más tarde subió mi madre a recoger los huevos y no encontró ninguno, se extrañó y luego lo comentó con *abu*. Yo estaba delante y dije que seguramente las palomas se los habían comido. Pero mi padre, intuyendo que algo raro había pasado, explicó que eran unos huevos preciosísimos de las palomas mensajeras que le habían enviado de Persia y que valían muchas doblas, y que una de aquellas palomas valía muchas veces su peso en oro.

—Yo sé dónde están. Seguramente estos días han cambiado de nidal, porque las he visto sobrevolando por el zoco, y habrán puesto allí sus huevos —les dije inocentemente.

—Zoraida, me parece que ya hemos dado con el ladrón —gritó mi padre con muy malas pulgas, y dirigiéndose a mí, dijo—: Acompañame al zoco.

Fuimos al mercado y, al vernos juntos, el comerciante le dijo a mi padre que los huevos que

le había llevado su hijo eran muy sabrosos, los mejores que había probado desde hacía mucho tiempo. En aquel momento quería morirme ya que esperaba un castigo terrible. Estuve siete tardes sin salir de casa después de la escuela, haciendo copias del Corán sobre tablillas de madera pulimentada, y sin probar los sabrosos postres de almojábana que hacía mi madre. Pero pude quedarme con los pinceles.

Paramos para almorzar. Me encargué de echar de comer y de beber a las palomas. Mientras mi madre sacaba la comida de una cesta, yo me entretenía tirando piedras desde lo alto del acantilado hasta el otro lado del barranco. Elvira, con sus doce años, me imitó, pero no llegaba muy lejos. Y Miriam, que era dos años mayor que yo, lanzó un guijarro que llegó más lejos que el mío.

—Tienes que crecer más. Me ganarás cuando dejes de ser un mocoso. ¡Renacuajo! —Y me sacó la lengua.

Por toda respuesta, le lancé una patada en el trasero, sin éxito, y ella vino corriendo hacia mí para darme con un palo.

—¡Basta! Todos a almorzar —gritó mi padre.

—No quiero peleas —nos riñó mi madre—. Debemos estar más unidos que nunca. Por favor, no os peleéis.

Todos bajamos la cabeza. Hubo paz mientras comíamos tortas de carne picada con trigo. Pero al comenzar con la ensalada, conseguí darle a mi hermana en la cara con varios huesos de aceituna. Miriam me sacaba la lengua cuando mis padres no miraban, y yo me tuve que aguantar, porque ellos solo vieron los huesos de aceituna.

—Ya no me podré casar con Hamed, en quien habíais pensado vosotros —les dijo Miriam a mis padres.

—No te preocupes, hermana, te casarás con un príncipe de Fez —le contestó Elvira guiñándole un ojo.

—Y yo tendré en África más de cien mujeres, como el príncipe Shirán —añadí yo, para no ser menos.

—No, hijo, que una, en este caso tres, son suficientes —sentenció mi padre.